

# III CERTAMEN

2.º Premio • Año 2001

## Nuestro pequeño mundo

María Mercedes Cebrián Coello

Este rotulador no pinta. Todos los años igual, en la partida de bingo que clausura el congreso siempre nos dan rotuladores que no pintan. Finalmente acabo usando mi boli -finalmente todos los de la mesa acaban usando mi boli, me impiden tachar los números a tiempo y claro, más de una vez se me han adelantado a la hora de cantar bingo, qué listos-. Estoy harto de proponer que nos den alubias o alguna otra legumbre para tapar los números pero siempre que se lo digo ponen el grito en el cielo, que cómo se me ocurre, ni que fuera esto un congreso de mequetrefes.

¿Qué pasa?, ¿y ahora por qué se callan todos? Ah, cómo no, va a hablar Camilo Salvatierra. Me sé de memoria su tostón: "Queridos compañeros: con este entrañable acto se clausura el XVI Congreso Hispanoamericano de Escritores de Libros de oferta, y se os emplaza a la siguiente edición que tendrá lugar el año que viene en este mismo polígono industrial. Como director del encuentro, quiero agradeceros vuestra presencia y la de las trece editoriales que han participado en esta edición del congreso, que ya se ha consolidado como el evento más relevante del sector. Nuestro sector, un mercado en constante auge, está dispuesto a encarar con ilusión los retos que nos depare el tercer milenio..."

En constante auge, en constante auge. Que se fije en las coderas de pana de mi jersey y en los calcetines raídos que llevo, a ver si así se le quita la tontería. Desde luego, si alguna vez tuviera un crío le diría: hijo mío, ya sé que admiras a tu padre y tratas de imitarlo en todo, pero nunca seas escritor de libros de oferta como él. Es un género bonito, qué duda cabe; además, abarca tantos

subgéneros que te permite escribir sobre infinidad de materiales: reflexología podal, nutrición, conflictos internacionales trasnochados, espiritualidad... un verdadero universo de sabiduría a tu alcance, pero aún así, hijo, dedícate a otra cosa, a una profesión que no imprima tanto carácter, a algo en lo que la mediocridad no te elija a ti como víctima, sino que seas tú quien tenga al menos un poco de control sobre ella. Eso le diría.

Anda, ya han cantado línea, qué rápido. ¿Quién? Ah, Gloria Esther. Gloria Esther Poletti, menudas bolsas tiene la pobre en los ojos y qué barbaridad, cómo ha engordado, apenas se parece a la Gloria Esther de hace diez años. Fue en el tercer o cuarto congreso cuando nos líamos; ella había publicado Adelgace por acupresión, que en su momento no se vendió mal en Argentina y cuando acudió aquí por primera vez ya estaba el libro dando tumbos por los hipermercados del extrarradio madrileño y en más de un puesto del Rastro. Lo que les pasa a muchos: que no acaban de aceptarse como son y cuando ven por los mercadillos a un anciano mellado que ha extendido su mercancía dispar sobre un tapete y reparan en que su libro está allí, entre un par de zapatos con el molde para el juanete ya hecho y un delfín de nácar desconchado, se les cae el alma a los pies. Lógico.

La mujer vino de Mar de Plata creyendo que aquí se iba a hacer de oro dando conferencias sobre acupresión en sitios enmoquetados, pero nada que ver. Así que en el congreso aterrizó, con la actitud esa que todos conocemos del que se ha equivocado de puerta. Enseguida le di un codazo a Ramiro: ésta es una de las nuestras pero la pobre es novata. Como la veíamos tan sola nos pusi-

mos a hablar con ella. Yo le conté que la vocación ésta se me despertó de niño, al ir recibiendo pequeñas señales: perdía sistemáticamente los partidos de ping-pong de la liquilla del colegio, no me elegían ni para hacer de buey en el belén viviente de la parroquia... Y así fue como empecé a cultivar la resignación, que tan importante es en este oficio. Gloria en cambio decía tener otras expectativas, otros proyectos más ambiciosos. Hasta le preocupaban cosas como cuál era la marca de maquillaje que usaban en la televisión de aquí, a ver si se le iba a estropear el cutis. Qué ingenua, no quería dar su brazo a torcer pero al final tuvo que asumir su condición de escritora de oferta como nosotros.

Ramiro le dio ánimos, le dijo que esta vida era bastante soportable, que se podía compaginar con otras realidades. Le contó que él por las mañanas tiene un puesto majo en la Confederación de Cajas de Ahorros, con su sueldito fijo, y por las tardes se dedica a lo que más le gusta: a escribir la colección *Cómo funciona*. Ya lleva más de quince títulos publicados. yo tengo varios: *Cómo funciona la máquina de fotos*, *el horno microondas*, *el microscopio*... Los suelen regalar en concursos infantiles de ayuntamientos o los donan a bibliotecas; tienen mucha difusión.

Yo no sé si ella vio algo en Ramiro, como era y sigue siendo el único que conserva el pelo de todos nosotros, lleva esos trajes de tejido bueno -su padre era sastre- y tiene voz de locutor antiguo, no sé, el caso es que parecía que se gustaban pero no, finalmente fui yo quien se la llevó. Pobre Ramiro, a pesar de ser el rey del *Cómo funciona* y tener empleo fijo, qué mala suerte ha tenido siempre en el

amor. Después se casó con Adela Palomares, una autoridad en leyendas de la sierra de Cazorla, pero enviudó a los pocos meses. Por eso trato de estar cerca de él en los momentos duros, es decir, todos los días. Sé que me necesita.

En cuanto a mí, la verdad es que profesionalmente no me puedo quejar, que me han salido encargos muy interesantes en esta edición del congreso: los de la colección La Guirnalda me han pedido un libro sobre manualidades con corcho; Darío Garrido, el de Garrido-Mora Editores tiene un montón de proyectos para mí. Me ha dicho que quiere temas de rabiosa obsolescencia, incluso me tiene ya preparado un título: La Unión Soviética, un coloso hecho añicos. "No me falles, Benito, que yo confío en ti", me dice siempre.

Darío confía en mí. Hay una persona que confía en mí para que escriba en un proyecto editorial abocado al fracaso. Alguien lo tiene que hacer, alguien tiene que hacer creer al resto del mercado que ellos sí que valen, que sus ideas tienen aceptación y se venden. Aunque bueno, el gobierno subvenciona a Garrido siempre que realice un plan de hundimiento empresarial en condiciones. Es lógico, desempeñamos una labor importante en el sistema. Somos una de las piezas, un engranaje tan de precisión como los demás pero fabricado con otra horma.

En parte vengo aquí los años para eso, para conocer gente como yo. Antes tuve algunos amigos de los otros, de los que publican en revistas internacionales y te hablan de sus cargos en instituciones prestigiosas

pero en ese círculo enseguida me salía la chepilla psicológica cuando me preguntaban Y tú qué tal, cuéntanos algo, hombre, que estás, muy callado; ¿lo dejaste por fin con la argentina aquella?, ¿se está vendiendo bien tu libro de papiroflexia? En cambio aquí me siento tan a gusto rodeado de colegas desencantados como yo.

¿Bingo ya tan pronto? No es posible. Eh, eh, ¿pero quién es esa tipa tan impresionante que lo ha cantado? No puede ser; sí, pues sí que es ella: es Rita Valiente, la autora de Casas del Soho Neoyorquino y de la antología esa de poemas de jóvenes escritoras mediterráneas. Es mucho más guapa así al natural. ¿Qué hará esta mujer aquí, de verdad cree ser una de nosotros? Pero si sus libros son casi los únicos que compra la gente. ¿No se dará cuenta de que esos temas realmente interesan?

Cabe la posibilidad de que venga a buscar plan. No sería la primera vez que eso ocurre, mira Gloria Esther y yo, y bueno, Ramiro y Adela. ¿qué está haciendo? no doy crédito: coqueteando de mala manera con el pobre Ramirito y él, que no tiene ningún criterio, dejándose engatusar por esa mujer. Me dan ganas de decirle apártese de aquí, señora, usted no debería estar aquí, este es un gremio muy cerrado; ¿no nos ve, no ve la lascivia de toda esta caterva de hombres alopécicos que intentamos en vano taparnos la calva con un mechón?, ¿no ha reparado en cómo la miran estas mujeres envidiosas con ropa de tallas especiales y pelo mal permanentado?, ¿no se da cuenta de que, quien más quien menos, todos los aquí presentes hemos vivido un fracaso matrimonial, un embargo de bienes o algo parecido?, ¿es que no quiere entender que nunca será feliz en una casa donde nada

más entrar se tope con un bulldog de cerámica a escala real?, ¿de verdad aspira a vivir en pisos diminutos repletos de trofeos literarios comarcales, burritos de rafia con alforjas y muebles de estilo marinero con tiradores en forma de timón y ancla, eso quiere?; ¿persigue, en definitiva, estilos de vida totalmente adecuados para una triunfadora como usted?

Mire, yo hago colutorios todas las mañanas por prescripción médica; el noventa por ciento de mis compañeros usan maquinitas de cortar el pelo de las orejas; Ramiro, por si no lo sabe, tiene un problema de sudoración excesiva... No, váyase de aquí, salga al otro mundo, usted no pertenece al nuestro, se ve a la legua. ¿Sabe?, la autoconsciencia de la mediocridad es una tarea de años, hay que ir cultivándola desde la infancia; el llegar a paladear cada día la evidencia de la propia mezquindad, de la herida localizable del propio fracaso, solamente se consigue después de muchos berrinches y tropiezos. Tenga consideración, no nos tire por tierra en una tarde la meta que tantos sudores nos ha costado alcanzar.

¿Qué se piensa, que solamente yo me doy cuenta de que usted no es de los nuestros? No, qué ingenua, mire como nadie -salvo el infeliz de Ramiro- habla con usted, y ni siquiera le ofrecen sus bolígrafos para que tache los números del cartón -más bien tenga cuidado, no le vaya a desaparecer el suyo-. Márchese, haga el favor, no nos eche a perder la partida. El juego normalmente duraba hora y media y en ese rato nos daba tiempo a pedir unas bebidas, a birlar la cucharilla del café, a hacernos con varios sobres de sacarina y con algún cenicero; en fin, a sacarle juguello a todo esto, y a conocer

mejor a nuestros compañeros, por supuesto; pero claro, en veinte minutos escasos poco podemos hacer, enseguida llega la cena y hala, todos a casa otra vez.

Y ahí sigue. Allá ella, van a tardar bien poco en echarla los de seguridad, ya los veo que van hacia su mesa. Así me gusta, asunto liquidado. Bueno, bueno, y ahora hay que hacer hueco para la ternerita en su jugo. Qué rica, con puré de patata. Lástima que los trozos que nos sirven tengan siempre tanto cartílago, que no gana para dentista. Pero mira, así hacemos ejercicio con la mandíbula, como recomienda Gloria Esther en Mantenga en forma su dentadura. El caso es que no la veo ahora tan mal a Gloria Esthercita con esa luz que la enfoca así de refilón, nada que envidiar a la Rita esa. Y parece que por fin se ha teñido las canas. Luego la saludaré y le propondré tomar algo en mi casa, a ver si cuela. Creo que se ha llevado un buen pellizco con la línea que ha cantado. De camino a mi apartamento le diré de parar en algún sitio abierto para que compre tabaco y unas botellas de ron o whisky, que en casa no tengo nada y yo acostumbro a llevar dinero suelto.